

La cabecera de la mesa

Leopoldo Munera

Estábamos preparados para ocupar la cabecera de la mesa, cabalgar sobre el lomo nupcial y tener una corte de camisas planchadas. Parecía un destino feliz de reyes cotidianos, nobles y galantes, con poemas y flores para la mujer y la madre. De pronto, una revolución para nosotros invisible, porque no tuvimos ojos para verla, nos llevó a naufragar en la leche de un tetero o a desafiar los platos sucios en un campo de batalla sin rima: la cocina. Fuimos convertidos en lo que éramos, insignificantes reyezuelos de un condado con ventanas. Desde luego, no todos hemos sido destronados ni hemos sido destronados del todo. En las calles los caballeros andantes del hogar aún son mayoría y nosotros conservamos cierta dignidad real en nuestros actos que nos da un aire de bufones. Cuando no están ellas presentes (mujeres antes que madres y mujeres sin necesidad de ser madres) las miramos con un cierto rencor, al fin y al cabo encabezaron la revuelta, y como buenos aristócratas añoramos la edad de oro perdida.

Por las noches, con la corona transformada en esponjilla y la capa en delantal, tenemos tiempo para pensar desde nuestra nueva condición de plebeyos. Hemos aprendido (¡al fin!) que en el palacio materno no sólo había tiernos besos de hasta mañana y abnegadas vigiliadas arrulladas por los ronquidos paternos. Vistos desde el fregadero los espacios de la casa son más estrechos y el sueño, con una punta en el descanso y la otra en la respiración de los niños, no nos resulta tan poético. Al calor de la plancha e intentando esculpir la línea recta de un pantalón, el destino obligado y único de la rutina hogareña aparece como un infierno. Hasta la cama, último refugio del báculo real (y su preferido), es una conciencia arrugada cuando debemos tenderla después de una siesta con deseos encontrados.

(Ustedes deben comprender que los reyezuelos destronados tenemos un espíritu bastante trágico y que frente a un pañal cagado nos descomponemos y perdemos nuestra vena literaria. Nos cuesta trabajo reconocer que a pesar de los horribles oficios cotidianos, nuestra vida de plebeyos puede ser feliz. También hemos descubierto los encantos de ser madre y uno que otro secreto guardado con celo por las reinas sumisas.)

Algunos de nosotros, con un rubor que antes creíamos femenino, miramos con envidia a la mujer que le da de mamar a su hija (o). En la cocina, luego de una de esas semanas mecánicas que debemos soportar en el trabajo, somos



creadores frente a una berenjena desnuda. En un día de ocio, cambiando la distribución de los muebles de la sala, nos sorprende nuestro aburrimiento, y entre una silla y un sofá tomamos decisiones que de otra forma hubieran muerto como buenas intenciones. En una noche de insomnio, ante un hijo enfermo, nos volvemos más tolerantes con el mundo. A veces en la cama, sin necesidad de ser padres, ni madres, ni amantes perfectos, despojados de nuestras antiguas obligaciones reales, encontramos que el placer es un juego. En las mañanas del domingo, cuando nos levantan las ganas de hacer un desayuno familiar, sentimos la alegría de no convivir con una reina sumisa; entonces llevamos el periódico a la cama, que al fin compartimos con una mujer, y se nos muere el deseo de ocupar la cabecera de la mesa. Es probable que el muerto resucite el lunes y que de nuevo sintamos la angustia del reyezuelo; no es fácil ser plebeyo. *Am*